



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

VANA RESPUESTA

ROSAMOND LEHMANN

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

Para George Rylan

¡Ah, vana respuesta obtiene el alma
cuando ansía certezas en esta nuestra vida!

GEORGE MEREDITH

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Dusty Answer*

© The Estate of Rosamond Lehmann, 1927

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-94-3

DEPÓSITO LEGAL: M-35024-2018

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Frances McLaughlin-Gill / Condé Nast via Getty Images

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRIMERA PARTE

Judith había cumplido ya los dieciocho cuando vio que la casa de al lado, desocupada desde hacía años, volvía a la vida. Los jardineros segaban y segaban, y aplanaban y aplanaban la pista de tenis; y plantaban tulipanes y no-meolvides en las urnas de piedra que bordeaban el césped de la margen del río. Los alargados dedos de la yedra fueron arrancados de las ventanas, y la fachada de sólida piedra gris fue adecentada y embellecida. Cuando las contraventanas se abrieron y los conocidos espejos miraron de nuevo desde las ventanas de los dormitorios, parecía como si aquel largo abandono no hubiera existido y los niños estuvieran aún allí con su abuela, unos niños misteriosos y electrizantes que iban y venían, todos primos salvo dos, que eran hermanos, y todos chicos salvo una niña que saltaba la tapia y los melocotoneros para colarse en el jardín de Judith e invitarla a merendar y a jugar al escondite.

Pero, en verdad, todo había cambiado. La abuela había fallecido poco después de conocer la muerte de Charlie. Había sido su preferido, su ojito derecho. Para sorpresa de todos, Charlie se había casado con la joven Mariella cuando ambos tenían diecinueve años y él estaba a punto

de partir al frente. Lo mataron enseguida, y pocos meses después ella tuvo un bebé.

Ahora Mariella contaba veintidós años, era viuda y tenía un hijo que Charlie había engendrado. Cuando echabas la vista atrás y los recordabas, te parecían una fantasía. La abuela le había legado la casa a Mariella, y ella regresaba para establecerse y llevar una vida agradable ahora que la guerra había acabado y Charlie (o eso suponías tú) había caído en el olvido.

¿Se acordaría Mariella de Judith, la vecina, y de que compartían institutriz y tomaban las mismas lecciones pese a los cuatro años de diferencia entre ambas? La señorita Pim escribió: «Judith es una niña con una inteligencia excepcional, sobre todo para las disertaciones y la botánica. Absorbe el conocimiento igual que un gatito lame leche». La carta había aparecido encima del escritorio de Mamá: un día inolvidable, bochornoso, triunfante.

Por otra parte, Mariella... ¡Cómo se le pasaban las horas, con su mirada cristalina, luminosa y ausente, y su voz aguda, educada y gélida, diciendo: «Sí, señorita Pim», «No, señorita Pim», sin interesarse jamás, sin entender jamás! Escribía como una cría de seis años. No progresaba. Y, sin embargo, como decía la señorita Pim, Mariella no era para nada lo que se entiende por una niña tonta... En absoluto era una niña tonta: para Judith resultaba apasionante. Aparte del entusiasmo que suscitaba su propia rareza, Mariella reflejaba la gloria de los cuatro primos varones que pasaban allí sus vacaciones: Julian, Charlie, Martin y Roddy.

Ahora todos eran adultos. ¿Volverían cuando llegara Mariella? ¿Se acordarían de Judith, se alegrarían de verla? Ella sabía que, en cualquier caso, no la recordarían con su dolorosa meticulosidad; la gente nunca recordaba a Judith con la intensidad con que ella recordaba, en especial las caras. Desde su más tierna infancia Judith había comprendido que nadie más reparaba en el milagro, en el aciago misterio de los rostros. Algunos ejemplares eran tan puros, tan diáfanos y bellos, que habría podido escudriñarlos toda una vida. Los de Charlie y Mariella, por ejemplo. Curioso que los mismos rasgos, moldeados y dispuestos de un modo apenas distinto, dieran unos resultados tan deplorables. Julian era el feo. Y a veces en las caras más feas ocurrían cosas que, de pronto, las volvían deliciosas. Era el caso de Julian. No te atrevías a apartar la vista del rostro de un desconocido por temor a perderte un solo cambio.

—¡Madre mía, con qué ojos me mira esta hija tuya tan rara! Me incomoda bastante.

—No te preocupes, cariño. Ni siquiera te ve. Está siempre en Babia.

Los idiotas parloteaban como idiotas. No sabían nada de caras. No sabían que una cara conocida podía sufrir una calamidad —la de la señorita Pim, por ejemplo— al ser sorprendida con la guardia baja, y caer en la crudeza más rotunda, marchitarse de odio o malicia; ni el misterio que encarnaba ver un rostro día tras día sin dejar de encontrarlo extraño y sorprendente. El de Roddy era de esa clase, aunque al principio pareciera más bien insulso y plano. Guardaba algún secreto.

Por las noches, en la cama, Judith inventaba caras, juntando las piezas hasta que se revelaban con toda claridad. Tenían nombres, cuerpos imprecisos, y vivían vidas autónomas dentro de su cabeza. A menudo acababan por guardar parecido con Roddy. Lo cierto, pensaba ahora Judith, era que la cara de Roddy era, más que un rostro real, un sueño. Le daba la sensación de que no lo había visto tal como era, sino siempre con aquella trascendencia recalcada, el hechizante carácter llamativo que presentan los rostros vistos en sueños.

El excéntrico Roddy debía de tener veintiuno; Martin, veinte; Julian, veinticuatro, por lo menos; y el bello Charlie tendría la edad de Mariella de no haber ocurrido aquella increíble fatalidad. No querían saber nada de ella. Ahora serían adultos elegantes, con amistades londinenses; y ella aún llevaba el pelo suelto y usaba medias negras de algodón, y se ruborizaba violenta, irremediable, eternamente cada vez que alguien le dirigía la palabra en público. Sería un desastre volver a verlos, recordar tantas cosas que sin duda ellos ya habían olvidado. Judith sería incapaz de pronunciar palabra.

En los largos periodos de soledad que sólo ellos interrumpían, a intervalos cada vez más infrecuentes, ella les había dado la vuelta, los había palpado con sumo cariño, explorado con tanta curiosidad que, mezclándose con la mágica materia oscura y resplandeciente de la niñez rememorada, se habían transformado en criaturas casi fantásticas. Sin duda, habrían asumido mucho tiempo atrás que Charlie había muerto. Cuando regresaran sin

él, ella también tendría que asimilarlo. Verlos otra vez le provocaría un dolor hondo, desgarrador. ¡Si al menos pudiera suponer que sería un dolor compartido...! Pero, naturalmente, ya hacía años de la muerte de Charlie; y, naturalmente, ellos ignoraban esa necesidad casi febril de conocer, comprender y absorber a las personas. Y, si la conocían, no sería en ella, una mujercilla insignificante, en quien pondrían sus empeños. Ni siquiera Martin, el estúpido y siempre fiel Martin, había sentido entusiasmo ni intriga alguna hacia ella, estaba convencida.

Cuando echaba la vista atrás y pensaba en cada uno de ellos por separado, no recordaba más que un puñado de banalidades extravagantes y conmovedoras.

Mariella llevaba el pelo corto, igual que un chico. Le caía sobre la frente formando un flequillo bajo el que sus lúcidos ojos de sirena contemplaban el mundo con una mirada ciega, transparente, como si la deslumbrara. Tenía la piel blanca como la leche, los labios eran un pequeño arco rosado, el cuello muy largo sobre unos hombros caídos, el cuerpo espigado y grácil, de miembros finos, serpentinos y alargados. Su rostro carecía de expresión, sereno y frío. La única alteración que sufría era el perfecto levantamiento de los labios cada vez que esbozaba su limitada sonrisa. Su voz era un agudo flautín, con escasas inflexiones, monótona pero delicada, y atemperada con dulzura. Hablaba poco. Era distante e imperturbable, simpática y fría. Nunca contaba nada.

Tenía un gran danés con el que paseaba sola por propia iniciativa, rodeándole el cuello con su brazo. Un día el

perro enfermó y empezó a gemir, se le hinchó la barriga, se metió en la zona más tupida de las matas de laurel y murió envenenado en cuestión de media hora. Mariella llegó de una clase de francés justo a tiempo para recibir la mirada moribunda del animal. Le pareció que le lanzaba un reproche, y, desfallecida de angustia, posó su cabeza sobre la de él y le dijo: «No es culpa mía». Se tumbó a su lado y no quiso moverse. El jardinero lo enterró a última hora de la tarde y ella se echó sobre la tumba, pálida, apagada y muda. Cuando Judith se fue a su casa a cenar, ella seguía allí. Nadie la vio llorar, como nadie volvió a oírla hablar del perro.

Mariella siempre recogía polluelos sin plumas, y lombrices, ranas y orugas. Tenía un sapo al que adoraba, y le habría encantado domesticar una serpiente. Un día llevó a casa una que encontró entre la hierba alta de la pradera; pero la señorita Pim sufrió un desmayo y la abuela ordenó a Julian que la sacrificara en la parte de atrás del jardín.

Charlie retó a Mariella a atravesar tres veces el campo donde estaba el toro, y ella lo hizo. Charlie, no. Ella sabía caminar sin inmutarse por la parte del tejado donde todos los demás se mareaban; y disfrutaba con las tormentas. El pelo le chisporroteaba de electricidad, y si te tocaba con un dedo notabas un pequeño cosquilleo. Se la veía exultante y aterradora cuando se plantaba delante de la ventana y sonreía en medio de los destellos y los chasquidos de los relámpagos.

Parecía que Julian era su preferido, aunque nunca quedó del todo claro. Se relacionaba con todos ellos haciendo

gala de un buen humor imparcial y poco exigente. A veces Judith pensaba que Mariella la despreciaba.

Pero también sabía ser amable: te gastaba bromas muy divertidas para levantarte el ánimo cuando llorabas. En cierta ocasión, Judith los oyó bisbisear: «Viene Judy, ¡vámonos corriendo!», y eso hicieron. Se encaramaron al álamo del fondo del jardín y desde allí la recibieron con ruiditos cuando ella se acercó, fingiendo no estar buscándolos.

Judith se refugió debajo del sofá del cuarto de juegos para llorar, con la esperanza de morir antes de que la descubrieran. La oscuridad desprendía un denso olor acre, a polvo, y le costaba respirar. Pasadas varias horas oyó pasos en la habitación, y entonces Mariella levantó el volante del sofá, la miró, y dijo:

—Judy, sal. Hay galletas de chocolate para merendar.

Y Judith salió, presa de una llantina renovada.

—¡Uy! ¡Pero no llores! —Estaba consternada—. ¿Quieres que te haga reír?

Mariella se desabotonó el vestido, se lo quitó por los pies y ejecutó un baile grotesco en bragas de holandilla. Judith reía y sollozaba al mismo tiempo.

—¡Soy el señor gordo! —exclamó Mariella.

Hinchó los carrillos, se metió un cojín dentro de las bragas y empezó a contonearse groseramente. Aquello sí que fue irresistible. Para partirse de la risa. Después, los demás aparecieron casi sin hacer ruido y mostrándose muy corteses, sin mirarla hasta que dejó de tener la cara enrojecida y disimulando sus hipidos con una animada

conversación. Tras la merienda, le dejaron decidir a qué jugar. Y todo volvió a la normalidad.

Era otoño, y el césped no tardó en cubrirse de una fría capa de neblina azul humo. La totalidad del jardín, denso y borroso, adoptó la inmovilidad del cristal, inclinado, replegado sobre sí mismo, sordo, mudo y ciego de secretos. Bajo la niebla el río sedoso yacía liso y perfecto, emitiendo un fulgor débil. Todos los colores del cielo y de la tierra eran tenues espectros de sí mismos, y en el aire se percibían los olores agridulces y perturbadores de la descomposición.

Cuando los niños salían de su escondrijo entre los arbustos lo hacían mojados y relucientes, con un brillo delicado en la cara, y gotas de rocío en el pelo y las pestañas húmedas. Su aliento proyectaba vaho. Eran tan hermosos y misteriosos como la noche.

La felicidad era una presión creciente en la cabeza y el pecho, tan emocionante que casi resultaba insoportable. Mientras volvía a su casa bajo los sauces, por el senderillo que comunicaba ambos jardines, Judith componía versos improvisados.

El estúpido, cómico y serio Martin tenía las mejillas coloradas, los ojos castaños y las rodillas sucias. Sus piernas eran muy velludas para su edad. De carácter extremadamente cordial, era a él a quien siempre tomaban el pelo y daban de lado. Charlie solía decir: «Vamos a quedarnos con Martin», y cuando lo engañaban, como siempre ocurría, se ponían todos a bailar y a gritar delante de él: «¡Te hemos pillado otra vez! ¡Te hemos pillado otra vez!».

Nunca se lo tomaba a mal. A veces las mejores tretas se le ocurrían a Judith, algo que a ella la hacía sentir orgullosa. Era muy cruel con él, pero Martin se mantenía fiel y amoroso, y de vez en cuando le mandaba desde el colegio caóticas hojas sucias y manchadas de tinta, que firmaba: «*Smpre* tuyo, M. Fyfe».

Martin también quería a Roddy, con un amor paciente, maternal. A veces se marchaban con el brazo echado por encima del otro; y siempre se elegían los primeros cuando tocaba formar equipos. Judith rogaba por que Charlie la escogiera a ella primero, y a veces lo hacía, pero no siempre.

Martin llevaba caramelos de *toffée* derretidos en un bolsillo, y grageas ácidas con pelusas adheridas en el otro. Siempre andaba con algo en la boca. Cuando no había otra cosa, comía cebollas crudas y echaba una peste que tiraba para atrás.

Era el mejor corredor y lanzador de todos, y su musculatura era su mayor preocupación y su mayor orgullo. Lo que más le gustaba era llevar a Roddy o a Judith en canoa para buscar nidos de pájaros a lo largo del riachuelo. Roddy no lo chinchaba a propósito de Judith —a Roddy nunca le importó tanto lo que hicieran los demás como para chingar a nadie—, pero los otros sí, y en esos casos Martin sentía vergüenza, y le hablaba mal y la empujaba en público, y sólo le demostraba que la quería cuando se encontraban a solas.

Un día estaban jugando al escondite, y Charlie la llevaba. Martin le pidió a Judith que se escondiera con él. Se